

hagáis lo que os pareciese, pues esto será lo más acertado.» Y para que se vea cómo respondía el de Alba en sus cartas á la confianza del Rey, deben leerse los siguientes renglones, reveladores de su implacable crueldad, y conocidísimos por publicados en todas las historias, pero cuya repetición resulta indispensable siempre que se trata de aquilatar las increíbles crueldades de la reacción religiosa. «Tras los quebrantadores de iglesias, ministros, consistoriales, y los que han tomado las armas contra V. M., se va procediendo á prenderlos, como en la relación podrá V. M. ver. El día de la Ceniza se prendieron cerca de quinientos, que fué el día señalado que di, para que en todas partes se tomasen; pero así para ésto, como para todas las otras cosas, no tengo hombres, sino Juan de Vargas, como abajo diré. He mandado justiciar todos éstos, y no basta habello mandado por dos y tres mandatos, que cada día se quiebran la cabeza con dudar si el que delinquirió desta manera, merece la muerte, ó si el que delinquirió desta otra manera, merece destierro; que no me dejan vivir y no basta con ellos. Mandado he expresamente de palabra que se juzgue conforme á los placartes, y últimamente mandado que se les escriba á todos que de los delinquentes que están expresados en los placartes todos los ejecuten al pie de la letra; y si hubiese alguno que no esté comprendido, éste me consulte y no otro. Tengo comisarios por todas partes para inquirir culpados: hacen tan poco, que yo no sé cómo soy ahogado de congoja. Acabado este testigo, comenzaré á prender algunos particulares de los más culpados y más ricos para moverlos á que vengan á composición, porque todos los que han pecado contra Dios y contra V. M. sería imposible justiciarlos: que á la cuenta, que tengo echada, en este castigo que ahora se hace y en el que vendrá después de Pascua, tengo que pasarán de ochocientas cabezas». Hé ahí la política con tanta torpeza iniciada por Felipe II y con tanta crueldad seguida por el feroz duque de Alba. Las previsiones del príncipe de Orange se habían todas cumplido, y la horrible reacción desencadenada con sus furros tremendos. No valieron los servicios prestados ni los nombres ilustres. El inmortal vencedor de San Quintín fué cogido como en una trampa. Su propio verdugo le citó á consejo de guerra para consultar y oír su extraordinaria competencia en las cosas y asuntos militares. Presentóse con descuido el buen conde, como quien nada teme ni debe. Presidió Alba en persona la conferencia, y propuso los problemas que quiso, con toda serenidad, como si en vez de dirigirse á víctimas ya designadas para el sacrificio, se dirigiese á excelentes colegas. Y cuando creyó la trampa bien apercibida, levantó la sesión por el motivo de que así le plugo, y al salir el de Egmont, detúvolo el capitán Sancho de Ávila, y le dijo que se diese á prisión en nombre del Rey, y que le confiara su espada.

Al dar el conde su espada, no pudo retener el recuerdo inextinguible de cómo y cuánto había servido con ella la gloria y la grandeza de su Rey. Efectivamente, al comenzar el reinado de Felipe II, mientras Alba sostenía la triste guerra con el Pontífice, á quien estaba obligado más á venerar que á combatir, guerra sin empeños y sin glorias, Egmont, lu-

chaba en los combates colosales con Francia y ceñía laureles imperecederos en históricas y ruidosas victorias. Muchos historiadores atribuyen la enemiga implacable del duque á celos y envidias por estos triunfos del conde. Y sin embargo, Alba no tenía para qué sentir esa baja pasión, propia tan sólo de los imponentes y de los cobardes. Su nombre rayaba en las alturas donde podían rayar los nombres más ilustres de su tiempo, y quizás los aventajaba en número de combates y en consumadas experiencias militares á todos ellos, sin excepción alguna. Miembro de familia hidalga, nobilísimo por su estirpe, no sumó con todos estos aristocráticos tumbres heredados, copiosas riquezas correspondientes á su posición, y se vió constreñido á ganarse por el propio esfuerzo lo negado por las paternas herencias. Ninguno entre los generales de su tiempo tan arriesgado en los golpes audaces, ni tan ouidadoso en ahorrar la sangre de sus compañeros en las temeridades mayores. El más acometedor en el ataque, aparecía también el más prudente y más cauto en la retirada. Los mayores enemigos de su causa y de su nombre dicen que nadie, ni Fabio Cunctator, evitó como él tantas batallas inútiles. En los comienzos de su juventud mostró arrojos heroicos de joven al defender Fuenterrabía; en los comienzos de la madurez, anticipada experiencia y profundísimo saber, atacando en Muhlberga; y ya con larguísimos años, sus dotes diplomáticas peleando y transigiendo á un tiempo con el Papa enemigo de sus Reyes, con el ceñudo Paulo IV. Puede asegurarse que á tan gran capitán se le debe la fundación casi de la disciplina moderna. El cruelísimo estadista en los consejos del gobierno resulta dulce camarada de sus amigos y de sus inferiores en los rudos empeños de la guerra. Por movimientos indeliberados miraba con el furor de un Marte á los enemigos, y con la tranquila serenidad de un Apolo á los amigos. Creíase descendiente de los Paleólogos de Constantinopla, y aseguraba que descendencia tan ilustre solamente le servía para empeñarle y sostenerle siempre que intentaba luchas y combates. Su padre había muerto en guerra contra los moros y salpicado con su sangre de mártir la cuna donde dormía él de pequeño. Así es que, á manera de Annibal, juramentado desde sus mocedades á combatir á los romanos, hallábase también él juramentado á combatir con los herejes y con los infieles. Veintidós años tenía cuando á las orillas del Danubio llamó la noble atención del Emperador combatiendo furiosamente con los turcos. Y no tenía más edad cuando ciego de amor, después de haberlo tantas veces el odio cegado en los combates, cabalgó sin descanso durante diez y siete días con diez y siete noche para ir desde Buda, la capital de los húngaros á Madrid, la capital de los españoles, por ver un minuto á la señora de sus pensamientos. Lo mismo supo acometer con furia en las orillas del río Elba que retirarse con cautela en las orillas del río Rhin. Entre sus trofeos había reliquias pertenecientes á los sultanes de Constantinopla y reliquias pertenecientes á los Electores de Sajonia. Sus virtudes capitales fueron el valor y la paciencia; mientras sus capitales defectos fueron la crueldad y la avaricia. Este hombre tan valeroso y heroico se vió acusado de cobardía por la envidia, cuya

venenosa sombra sigue á la grandeza. Alto, seco, avellanado, pálido, estrecho el cráneo, largo el rostro, sus cabellos ensortijados y su barba partida, delataban los descuidos del guerrillero, mientras el relampagueo centelleante de sus ojos concentrados y negros la costumbre del mando y del imperio. Si pocos sabían como él mandar, nadie sabía como él obedecer. Y cuando Felipe II lo manejaba con tanta facilidad á su arbitrio, bien puede asegurarse que manejaba un guerrero instrumento tan pesado y tan férreo y tan inerte como su maza de guerra.

Uno de los trágicos incidentes que muestran mejor el proceder de Alba es la prisión de Horn y Egmont. Ni uno ni otro habían servido á la religión protestante; mucho menos deservido al rey español. Todo lo contrario; uno y otro estaban adscritos, por las sendas inspiraciones de sus conciencias y los sendos impulsos de sus voluntades, al régimen histórico. Egmont, especialmente, gracias á la índole de su complexión y á las tradiciones de su historia, pertenecía más bien á los caballeros españoles que á los caballeros flamencos. Vencedor glorioso en las dos primeras guerras mantenidas por Felipe á su exaltación al trono, libraba en estos timbres inolvidables la seguridad de un poder y de una influencia indecibles sobre la monarquía ilustrada por sus armas y ceñida por sus victorias. Así, volvió de España más realista que el rey, creyéndose por todo extremo á sus gracias y á sus distinciones obligado. La única disidencia con el gobierno consistió en su repugnancia invencible al Cardenal Granvela. Un príncipe de la guerra no podía tolerar en paz que le mandase á su arbitrio un príncipe de la Iglesia. Mas, aparte de disidencia tamaña, Egmont siempre se desligó de los revolucionarios, y se atuvo fielmente á los deberes contraídos por su nacimiento y por su fe con la religión y con el rey. Así, cuando el príncipe de Orange, persuadido por su alta inteligencia política de que jamás llegarían las Provincias Unidas y el gobierno católico á una inteligencia, antes bien á una guerra, conjuró con grandes instancias á Egmont para que le siguiese con todos los suyos á tierra de Alemania, Egmont no prestó asenso á sus temores; y, fortalecido por el sentimiento de su inocencia y el recuerdo de su historia, se quedó con grande tranquilidad y confianza en Bruselas al amparo de sus privilegios y de sus derechos. Nunca lo hubiera hecho. Cuantos conocían la política de aquel tiempo, desconfiaban del Rey Felipe II y de su ministro universal, el duque de Alba. Poco antes de llegar éste, había un noble portugués advertido á Egmont de los vientos que soplaban contra él en España. Como el magnate se burlase de tales apreciaciones, díjole con gracia el portugués que prefiriera, cuando tales cosas le anunciaran, el aire menos libre á la más dorada jaula. Llegó el duque, y ningún síntoma indicaba la trama urdida contra el vencedor de San Quintín. Las fiestas menudearon con motivo de la llegada; y en todas se halló Egmont agasajado con las más honrosas distinciones y con los más ricos presentes. Su confianza, pues, creció y se pegó á su compañero el de Horn, amenazado también por las cábalas jesuíticas. Corría el 9 de Septiembre, y daba el gran

prior, don Fernando, espléndido festín al cual acudieron, como principales invitados, Horn y Egmont. El duque de Alba se mostró tan gentil, que las músicas de los tercios, capitaneados principalmente por él, llenaban de armonías el risueño festín. Acercábase la hora de los postres, cuando un delegado del duque se presentó á rogar á los magnates que pasasen á sus estancias después de comer, á fin de consultarles con espacio los planos de la proyectada ciudadela de Amberes. El gran prior, sentado junto á Egmont, palideció con palidez mortal mientras hablaba el emisario de Alba; y, una vez partido, inclinó la cabeza con recelo, para decir con brevedad á su comensal que tomara lo más pronto posible un caballo, y corriera, sin detenerse un minuto en requerimiento y busca de seguro asilo extranjero. Egmont, valiente y confiado, como todos los héroes, desoyó la providencial advertencia, y se fué al palacio habitado por Alba. Prendiéronle, como hemos dicho, poco después del Consejo, y lo encerraron en sala completamente cubierta de negro, guardada por soldados españoles, mudos y rígidos como estatuas, y envuelta en tanto silencio y misterio que parecía el interior de un catafalco y la entraña de un sepulcro. Igual suerte cupo y una habitación idéntica en aquel palacio, al buen conde de Horn. Allí pasaron desde su arresto en 9 de Septiembre hasta su traslación al castillo de Gante, once días después. Pocas veces se ha dado un golpe tan alto, ni ha seguido á ese golpe una consternación tan general.

Así procedía el Tribunal de Sangre organizado por las inflexibles iras del duque de Alba. Era este tribunal una especie de inquisición civil, y lo animaba el terrible y siniestro Juan de Vargas, ejecutor de los mandatos y de las disposiciones del duque, pocos hombres tan carniceros como tal inquisidor laico. No busca la hiena el cadáver con la furia que buscaba el Vargas á sus víctimas. Jamás la compasión entró en su alma. Cebábase en los mártires, entre sus garras caídos, como el milano en la triste avecilla que acaba de cazar al vuelo. Divertíase con las crueldades inauditas de la persecución y los dolores horribles de los perseguidos. Cuando los miembros de unos se deshacían en los potros del tormento, y las cabezas de otros rodaban sobre las tablas del cadalso, aquella perversa índole suya despedía gracias feroces y lanzaba carcajadas epilécticas. Ignorante de las lenguas habladas en las Provincias Unidas, salía de apuros con cierto latín macarrónico hispanizado, y tan detestable por su analogía como por su snitáxis. Así usaba el verbo *patibulare* contra todos los acusados á quienes deseaba ver en la picota y en la horca tan desgarrados, por lo menos, como el latín recién salido de su cabeza. Contábase que algunos de aquellos jueces, apenas oían cualquiera acusación, más ó menos fundada, contra los revolucionarios flamencos, pronunciaban esta terrible frase: «ad patibulum.» Así, cayó sobre las Provincias Unidas un océano de sangre, dentro del cual se ahogaron los mismos que con sus crueldades lo habían vertido. Una sentencia de muerte se dió entonces contra todo un pueblo. El nuevo ideal religioso, ya por la proximidad de los pueblos flamencos á su origen y

oriente, ya por otras circunstancias de igual valor, se apoderó de innumerables inteligencias, transformadas y enardecidas por la nueva fe. Condenar á todos los que profesaban el dogma nuevo á muerte, ¡oh! equivalía en el fondo á condenar las poblaciones en masa. De suerte, que los arados se pararon en los surcos, las naves huyeron de los puertos, el comercio paralizó la circulación de sus productos, las desolaciones de comarcas enteras vinieron tras todas estas calamidades; y la verde Holanda cayó envuelta en los pliegues de fúnebres sudarios. Alba comprendió que no podía exterminar todas aquellas muchedumbres anónimas, y que necesitaba herirlas en su principal representación y en sus más altas cabezas. De aquí la prisión de los condes de Horn y Egmont, seguida por los decretos de comparecencia y acusación lanzados contra Guillermo de Orange y Luis de Nassau. Ninguna consideración humana detenía después de tales temeridades á los fautores del universal terror. Los condes presos pertenecían á la orden del Toisón de Oro; y los caballeros de tal orden estaban esceptuados de toda jurisdicción que no fuese la jurisdicción de sus pares. Presentaron los cautivos esta excepción, y no quisieron sus verdugos entenderla, fundándose, con sinrazón manifiesta, en que había sido derogado el Código antiguo por los caprichos y voluntariedades del Monarca. En su horrible latín de convención, Vargas contestaba con las siguientes macarrónicas palabras á todas las excepciones aducidas contra el Tribunal de la Sangre: *non curamos privilegios vestros*. Europa entera se dirigió á Felipe II intercediendo por las víctimas del duque de Alba. Su primo, el Emperador de Alemania, y su aliado, el duque de Baviera, dirigieron carta sobre carta en demanda bien apremiante de aquellas dos gloriosas vidas, amenazadas por horrible muerte. La condesa de Egmont, que había tenido hasta once hijos del conde, en largo y feliz matrimonio, arrojábase á las plantas de todos aquellos jueces implacables y de todos aquellos tiranos inflexibles, los cuales no se movían á su llanto y á su dolor, cada vez más trágicos. Hija del Elector Palatino, Princesa de sangre real enlazada y unida por muchos lazos con los tronos europeos, evocó los recuerdos que más podían conmover á Felipe II, y buscó las intercesiones que más podía persuadirle á la misericordia y al perdón. Pero todo en vano. El sepulcro no devoró sus cadáveres con la indiferencia con que devoraba Felipe II sus víctimas.

Las actas de acusación feroz contra Egmont y Horn, se publicaron por mera fórmula y las defensas y excusas se oyeron por mera consideración á la conciencia universal, interesada en mantener ciertas formas de justicia y de procedimiento. Pero Alba tenía un papel en blanco firmado por el Rey Felipe, sobre cuya firma podía poner cuantas sentencias le pluguiese. Así, entre las incidencias del proceso, estallan las sublevaciones y los levantamientos; y á la cabeza de toda esta erupción del espíritu público se alza el conde Luis de Nassau, quien penetra con ardor y con resolución sublevado en Frisia. Corren las fuerzas realistas, mandadas por el conde Arémborg á contrastar las fuerzas populares mandadas por Nassau; y pierden aquellos en el campo de Helliger una sangrienta batalla. La ira del

duque no tuvo ya límites; y la muerte de Horn y Egmont no podía, después de aquel suceso, tardar mucho. Sus sentencias, condenándolos á descabezamiento por rebeldes al Monarca y traidores á la Iglesia, se publicaron en seguida. Súpolo el obispo de Ipres, por notificación del duque de Alba, quien le ordenara comunicarla personalmente á los dos reos, y cayendo de hinojos á las plantas del inflexible justiciero, pidió que le alzara tan terrible trance, concediendo el perdón á los ilustres reos. Un ídolo de bronce no estuviera más sordo á los clamores, ni más frío é indiferente á las amargas lágrimas, que aquel duque de Alba. Cuando el prelado, con los ojos fuera de las órbitas, las manos plegadas, los nervios temblorosos, las rodillas en tierra, pedía misericordia, el duque le reprochaba con crueldad el haber ido allí á expresar súplicas, con olvido completo de que le habían citado para cumplir tremendas é irrevocables resoluciones. Confesor de los reos, no tenía para qué traspasar este reducido ministerio, y elevarse á Consejero del Regente. Dejar la regia cámara, é ir á la triste prisión: tales eran sus deberes estrictos, recordados por el Regente con una severidad inflexible de acción y de palabra. El obispo, penetrado de la inutilidad de sus esfuerzos, apartó los ojos suplicantes del rostro de su interlocutor y alzó las rodillas de sus plantas, para irse á cumplir el horrible y siniestro ministerio confiado á su corazón bondadoso por la crueldad triunfante. Eran las once de la noche. Hallábase alojado Egmont en el piso segundo del cuartel de los arcabuceros; y acababa de meterse en cama cuando entró el obispo. Las demudadas facciones del emisario revelaron al prisionero su trágica suerte. Los ojos del uno preguntaron á los ojos del otro, ya que la voz, como en todas las grandes emociones, rehuía de suyo el expresar los trágicos efectos en aquellos últimos instantes. Ipres entregó á Egmont el fatal papel donde se hallaba escrita la sentencia, dejando así al duque la responsabilidad abrumadora de la cruel notificación. Egmont la leyó del principio al fin con la serenidad propia de su elevado ánimo; y, al concluir la, demostró más bien la extrañeza por aquella injusticia, que la cólera ó la ira por su inapelable perdición. Seguidamente la naturaleza recobró todos sus derechos y ejerció todo su imperio, evocando las personas amadas, para quienes se desea solamente la vida en los trances próximos á la muerte. ¡Ay! La esposa, los hijos, los deudos aparecieron á sus ojos y le turbaron en su serenidad. Efectivamente, si entonces su mirar penetrara las pesadas paredes que le separaban del mundo, viera la joven princesa con quien compartió la vida, heredera de tantas glorias, emparentada con tantos Reyes, nieta de Césares, arrastrarse de rodillas, envuelta en los anticipados lutos de su viudez, pidiendo, con esas frases inspiradas por el amor á una esposa y á una madre, la vida preciosa de aquel héroe, sin cuya compañía no deseaba la infeliz ni vivir un minuto más sobre la tierra.

Las naturalezas inclinadas al optimismo no se persuaden jamás de la realidad viva del dolor, ni al sentirlo más acerbamente. La conciencia de aquel gran general se reconocía tan irresponsable que no alcanzaba cómo podían caer el duque y el Monarca, dos hombres

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. M.